

Subscripción en  
oda España, 5  
pesetas al año.  
Ilem en el ex-  
ranjero, 8 fr.

# LOS SUCEOS

Toda la corres-  
pondencia debe  
dirigirse al  
Apartado de Co-  
reos núm. 347.

## Las sufragistas americanas.

Todos los años, por la misma época, las sufragistas norteamericanas se reúnen en manifestación, pacífica, generalmente, manifestación que consiste en una especie de revista y exposición de las fuerzas con que cuenta el feminismo de Norte América.

Las sufragistas de Nueva York hacen constantemente una propaganda activa y variada, y organizan á través de las calles de la gran ciudad una demostración á la que quieren dar solemne carácter, haciendo ver al público la unión de sus tropas para la conquista anhelada del voto.

Este año, como los anteriores, no han faltado á la tradición, y el 5 de Mayo corriente se reunían más de 17.000 mujeres en la vasta plaza de Washington, de Nueva York, y allí se formó el largo cortejo.

Las unas llevaban banderas, otras estandartes, no faltaban pendones, y muchas se cobijaban con blancas sombrillas, en las que llevaban inscripciones

de negras letras pidiendo el voto á la mujer y algunas otras cosas.

Desde la plaza de Washington, recorriendo las principales avenidas de la gran metrópoli, se dirigieron á Carnegie Hall, donde se verificó un mitin exclusivamente femenino y feminista.

Las oradoras fueron frenéticamente aplaudidas.

Entre toda aquella muchedumbre de mujeres, las había de todas clases, edades y profesiones.

Claro está que no abundaban las jóvenes.

Damas venerables, entre ellas la generala Mistress Blackwell, que no tiene menos de noventa y cuatro años, desfilaron y vociferó dando ejem-

plo de entusiasmo á las jóvenes reclutas.

A pesar de los pesares, se puede ver por nuestro grabado que había algunas manifestantes que podían pretender alcanzar éxitos en otras esferas que en las políticas, sufragistas que no podían negar que eran mujeres, y mujeres á quienes no se les hubiera podido negar un pipero.

Podemos asegurar, sin embargo, aunque no hemos presenciado la manifestación, que ninguna de las sufragistas recibieron pipero alguno. Muy bien se habrán guardado de ello los neoyorkinos, pues además de estar prohibido echar flores, cualquiera se atreve á andar en bromitas con esas señoras que piden votos, y llevando pantalones y botas de montar.



Las sufragistas uniformadas en la manifestación.

## Las carreras en España

Con este título, se ha publicado, por el ingeniero D. Juan Herreros, un libro de 200 páginas, en que se consignan todos los datos que conviene conocer á todo el que trate de seguir una carrera, por referirse á los estudios, porvenir, tiempo invertido, etc. cetera. A su utilidad, una dicha obra la ventaja de su poco coste, que es sólo de 1,50 pesetas.

## Pidiendo hijos prodigiosos

Ahora es cuando siento yo, tras de disgustos prolijos, que el cielo, ó quien sea, no me haya dado muchos hijos.

Ahora que todos los días, en revistas y en diarios leo las mil monerías de niños extraordinarios.

De esos niños eminentes que en talento, "aunque te asombrar, apenas echan los dientes [bres]", rivalizan con los hombres.

Seres que, por un arcano que no sé cómo explicar, ven, por ejemplo, un piano, y se agarran á tocar.

Niños de tal condición, como hemos visto diversos, que al soltar el biberón han roto á improvisar versos.

Y otros que, en dos años cortos, han hecho el Bachillerato, dejando lelos y absortos, desde su padre, hasta el gato.

¡Qué dolor tan grande el mío!... ¡Qué amargura tan atroz no ser, ni siquiera, tío de cualquier niño precoz!...

¡Qué vergüenza la que paso ante esas precocidades!... ¡Ay! ¡Si lo sé, no me caso ni hago otras barbaridades!

¡Qué envidia me da el aliño de esos benditos señores que tienen, cada año, un niño sin penas ni sinsabores!

¡Por qué Dios me habrá á mí im- castigo tan agobiante [puesto cuando de mi parte, he puesto lo que pude, que es bastante?

Yo no digo que asombrara á la Nación española, ni que uno mío tocara mejor que Pepito Arriola.

Pero, de haberlos tenido, yo no sé por qué, presiento

que alguno hubiera salido tocando algún instrumento.

Y si es niña, ¿quién me niega que ya naciera también bailando una danza griega, ó cantando el "ven y ven"?...

¿Quién sabe lo que el destino me tendría reservado?... ¡Quizá algún sietemesmo que naciera diputado!

Mi placer, lector, sería tener un rorro, que presto, ¡á los dos meses y un día comiera del Presupuesto!

¡Y otro que, al romper á hablar ante las gentes perplejas, consiguiera apabullar "hasta al propio Canalejas"!.....

Y como con esto infiero que pido lo regular, no pido un hijo torero, ¡porque sería abusar!

P. GRACO.





El ventisquero del Diablo que tuvo que atravesar la caravana.

## Los noruegos en el Polo Sur.

El 10 de Enero de 1911, la expedición noruega llegada á la bahía de las Ballenas, situada en la extremidad de la Gran Barrera, donde procedió á establecer la base de operaciones; descargar el buque y establecer el campamento de invierno.

Para distraerse de su trabajo, y con objeto de acumular provisiones para el invierno, Amundsen y sus compañeros dedicaban todos los días algunos ratos á la caza de focas, caza en extremo sencilla, pues estos animales que jamás habían visto al hombre, se dejaban acercar y aun tocar, así es que hacían verdaderas hecatombes, matando á garrotazos centenares de focas. Una verdadera matanza, pero necesaria para su subsistencia. La especie más abundante en estos parajes, es la llamada foca Weddell, que mide de dos y medio á tres metros de largo, así es que no les fué difícil á los cazadores reunir en poco tiempo 60.000 kilos de carne fresca.

Después de esto, Amundsen estableció una serie de depósitos en la Gran Barrera, y en una extensión de 368 kilómetros.

Cada uno de estos depósitos contenía varios cientos de kilos de víveres para los exploradores y los perros. En cada uno ondulaba una bandera negra para que sirviera de guía á la caravana. De siete en siete kilómetros, elevaron una de estas señales.

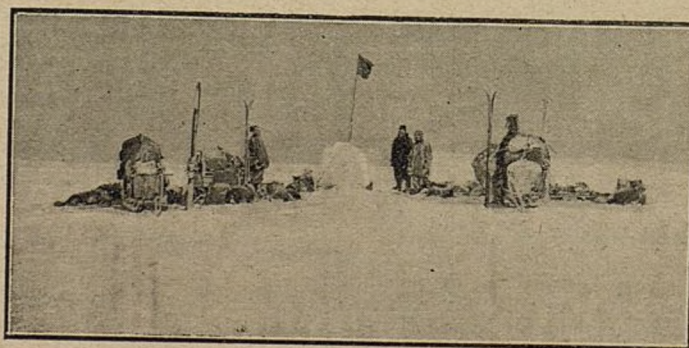
En Marzo terminó el verano, y la temperatura comenzó á bajar, llegando el termómetro á marcar 45° bajo cero.

La barraca de madera destinada á

estación de invierno, había sido rodeada de una alta muralla de hielo para protegerla contra los vientos fríos. Alrededor de la barraca habían edificado chozas de hielo, que servían de depósitos, y todas estas habitaciones estaban unidas á la central por galerías hechas en la nieve, de manera que los exploradores podían recorrer la pequeña ciudad polar, sin salir al exterior y exponerse á los mortíferos fríos. El campamento estaba instalado en la Gran Barrera, colosal ventisquero de 900 kilómetros de largo y 600 de ancho.

El invierno fué cruelmente frío, fluctuando la temperatura entre 50° y 60° bajo cero. Los noruegos arreglaron tan admirablemente su cuartel de invierno, que pudieron conservar en el interior la agradable temperatura de 20° sobre cero.

El 24 de Agosto, después de cuatro meses sin sol, éste apareció sobre el horizonte, y entonces Amundsen partió en busca del Polo, pe-



Depósito de provisiones señalado con una bandera negra.



ro el frío era horrible y varios de los perros murieron, teniendo que retroceder. Poco á poco el termómetro empezó á subir, y el jefe de la expedición, con cuatro compañeros, otros tantos trineos y cincuenta y dos perros, partían de nuevo decididos á franquear los 1.250 kilómetros que les separaba del Polo Sur.

Como tenían sol constantemente, no tenían que preocuparse de la noche, y establecieron el siguiente orden: seis horas de marcha, arreglo del campamento, comida de expedicionarios y perros; seis horas de sueño, desayuno y vuelta á empezar.

Desde el grado 82 en adelante, fueron dejando depósitos de víveres de grado en grado, preparando el regreso.

La Gran Barrera fué atravesada con relativa facilidad; no así la terrible ruta de 500 kilómetros de montañas y picos que seguían, montes considerables, algunos de 4.500 metros de altura. En aquellos parajes, la marcha era difícilísima. Una espesa niebla les hacía caminar casi á ciegas, con peligro de rodar por uno de los múltiples abismos de hielo. La travesía del ventisquero del Día fué en extremo difícil; las caí-



El capitán Amundsen guiando un trineo.

das se repetían sin cesar, y la marcha se retrasó considerablemente.

Sin embargo, la caravana noruega hizo una ascensión relativamente rápida. En cincuenta y seis días llegó al Polo Sur, donde fué plantada la bandera noruega.

A la vuelta, los escandinavos hicie-

ron el viaje más rápidamente aún, y mantener durante treinta y nueve días una velocidad de 39 kilómetros diarios, y esto ha sido debido á la gran práctica que los exploradores tenían en el buen manejo de los perros y la facilidad de andar con "skis".

El 25 de Enero de 1912, Amundsen regresaba al campamento, y cinco días después embarcaban en su buque el "Fram", en él llegaron á Tasmania, el 8 de Marzo.

En todos los puntos por donde pasó el vencedor explorador, fué objeto de entusiastas aclamaciones.

El 1.º de Mayo, Amundsen partió para Buenos Aires.

El insigne explorador, vendrá á Europa este verano, donde dará en varios puntos conferencias sobre el arriesgado viaje que le ha llenado de gloria.

Gran parte de ella la tienen también los intrépidos tripulantes del "Fram", que han acompañado á Amundsen en su intrépida exploración, y que son Helmer Hansen, Bjaaland, Wisting y Hassel, cuyos nombres tenemos el gusto de publicar al lado del capitán Amundsen.



La bandera noruega en el Polo Sur. Haciendo observaciones astronómicas.



# LA VIDA EN BROMA

El hueso de la carne.

Implantada la costumbre de celebrar Asambleas y Congresos para que cada organismo social ó administrativo pueda resolver sus asuntos y... viajar á mitad de precio, muchas colectividades han aprovechado las fiestas de San Isidro (¡a cualquier cosa llaman fiestas!) para



celebrar sus sesiones en Madrid durante la "Gran semana taurina".

Las hubo de mutualistas, de agentes de negocios, de propietarios, de peones camineros, de secretarios municipales, de practicantes, de carniceros y... ¡de taurófilos!

Porque á mí que no me digan; pero lo que hizo Mosquera al dar cuatro corridas en una semana, ha sido reunir también, en asamblea permanente, á los aficionados á toros.

Y ésta, digan lo que quieran, fué la de más éxito, la que eclipsó á las demás, y casi desbarató la de carniceros, que tuvo que suspenderse un día por estar anunciada á la misma hora la corrida.

¡Ah!... Como Mosquera se empeñe, sólo con corridas y novilladas, disuelve todas las Asambleas habidas y por haber.

De todas las verificadas últimamente, ninguna tan interesante para los madrileños como la de los carniceros. La pretensión de Ruiz Jiménez de municipalizar este servicio, les ha puesto la carne de gallina.

Para celebrar sus reuniones, buscaron el Teatro Español.

¡También es ironía que los hayan echado al Corral... de la Pachea!...

Allí pudieron discutir todos los problemas que giran alrededor de la carne y del hueso, y hacer la disección de los gobernantes, que, al revés de lo que pasa con las reses sacrificadas en los mataderos, dicen ellos que no tienen desperdicio.

—¿Qué delito hemos cometido nosotros, los "pobres carniceros"— exclama uno que estaba alojado en el Hotel Ritz—, para que seamos despojados de nuestros derechos?... Porque, lo que trata de hacer el Municipio, ¡no me negaréis que es un despojo!...

—¿Más que un despojo; es un somil!...—interrumpía uno de Madrid.

—El "carnicero" aquí—añadía otro—, es el Gobierno que levanta la cuchilla mortífera sobre nuestras cabezas, amenazando con abrimos en canal. ¿Es eso propio de un Gobierno que se precia de democrata, y que quiere abolir la pena de muerte?... ¡Muy bien!

—El Gobierno no quiere abolir más que una pena de muerte, que es la suya. (Ovación y oreja.)

—Pero estad tranquilos. Nosotros no somos, como él cree, simples corderos... ¡Somos carne "de contra"!—

—¿De contra... tista!

—Y más dura que los pies de Pilatos!...

—¡Filetitos, como quien dice!...

—¡A ver quién nos hinca el diente!...

Los reunidos hablaron de "echar los bofes" hasta salirse con la suya, y llegar hasta el derramamiento de sangre, si fuese preciso, conviniendo todos en venderla muy cara, si llega el caso.

¡En eso del precio, no hay quien los apee!

Otro exaltado trató de disertar sobre la "carne de falda", y le indicaron que lo dejara para la noche, que es cuando se reunirían en secciones. Supongo que serían en las de cine-matógrafo.

—Para triunfar en la demanda—gritaba un orador fogoso (aunque no tanto como el de la "carne de falda")—, bastan dos cosas: que tengamos unión, y que tengamos hígados.

—¿Anda éste!... A mí me traen todos los días uno de vaca.

¡Allí terminó la sesión! Y es que, cuando se debaten cosas tan serias y transcendentales, molesta mucho



que un miembro de la Asamblea salga por peteneras.

Lo que sí he de consignar, con profunda pena, es que no haya habido más empresa que la de Esclava, que haya dedicado una función á los carniceros. Es la única que ha puesto obras adecuadas para ellos, como son: "La carne flaca" y "Los borregos".

Las demás, nada. Y del Ayuntamiento, no digamos... ¡Ni una revista de guardias, ni un simulacro de elecciones municipales, para que los asambleístas vieran cómo se hacen los "embuchados"!...

¡Tan poco que cuesta quedar bien!...

F. ROIG BATALER.

## El verdadero Bum Bum.

Muy popular se hizo la tierna novela de Julio Claretí, en la que un niño enfermo, en sus momentos de dolor y fiebre, llama en su delirio al clown Bum Bum.

Bum Bum es un payaso á quien el niño ha aplaudido repetidas veces en el Circo, y cuyas gansadas han causado el encanto del pequeño enfermo.

El padre del enfermito lleva al primer clown que encuentra para que divierta á su hijo, pero el niño ni siquiera sonríe.

Entonces el Bum Bum verdadero, el payaso de verdad, aceptó el ir á ver al pequeño enfermo y hacerle reír por... última vez.

El pequeñuelo se ríe, el clown vuelve á visitarlo; con la risa y la alegría, la fiebre cede y el enfermo se cura.

Pues bien; este cuento no es una invención del novelista; es la copia ingeniosa de una historia verdadera, real.

El Bum Bum auténtico, que con

sus gracias arrancó de la muerte á un niño moribundo, y que hizo las delicias de miles de angelitos sanos, era un español, y se llamaba Medrano.

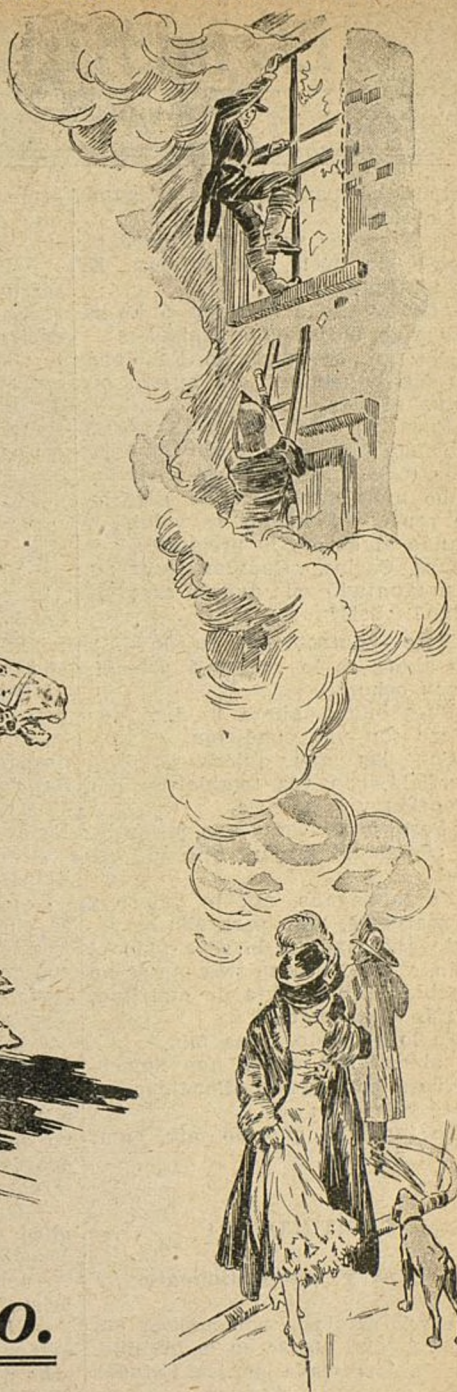
El bondadoso clown, el payaso lleno de ternura, el complaciente, cariñoso y bonachón Medrano, ha fallecido no hace aún quince días.

Mientras él agonizaba, la función seguía, y los niños en el Circo esperaban ansiosos á que Medrano saliera á la pista.

Al ver que no salía, muchos lloraron.

Sólo muriendo, podía Medrano haber llorado á un niño.





## En busca de marido.

Los deportes son muchos en el mundo elegante  
Y alguno que otro de ellos es más que extravagante.  
En Nueva York había un rico caballero  
Que escogió por deporte, el ser hábil bombero.

Fuerte, ágil, valeroso, en más de una ocasión  
Logró en grandes incendios demostrar su afición,  
Y en los ricos salones de aquella sociedad,  
Se le consideraba como héroe de verdad.

La viuda y el bombero conversaron un día,  
Y pronto entre los dos hubo gran simpatía,  
Que pasado algún tiempo, como eso es de rigor,  
Pasó la simpatía á trocarse en amor.

—Tengo unas ganas locas—la viuda le decía,  
—De ver en un incendio lucir tu valentía.  
Y una noche que estaban en una reunión,  
De lucirse el bombero tuvo buena ocasión.

No lejos de la casa hay un fuego horroroso.  
La viuda y el bombero, bombero muy celoso,  
Acuden al incendio, y él intrépidamente  
Se lanza entre las llamas decidido y valiente.

La viuda, desde abajo, le ve trepar airoso,  
Meterse entre las llamas. Aquello es horroroso.  
Se asusta, tiembla, llora, grita, le llama luego.  
Mas él no le hace caso, y lucha contra el fuego.

Y desde un quinto piso, al fin de la escalera,  
Le contesta el bombero:—Mira, calla y espera,  
Mi deber está aquí, primero mi deber,  
Soy bombero honorario, no he de retroceder.

La viudita le mira un rato desolada,  
Y se aleja del fuego diciendo resignada:  
—¡Un amante platónico del fuego! No. ¡Qué horror!  
Yo no quiero más llamas que el fuego del amor.

FERS.





# EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"



usted le ha pasado algo. ¡Dígame qué ha sido!

Miss Morse se volvió y le miró fijamente sin decir una palabra. El otro continuó:

—¿Le ha dicho á usted ó le ha hecho algo el príncipe Maiyo?

—No, no, no—exclamó Penélope.—No me lo nombre. No quiero oír su nombre más.

—Pues por mi parte, celebraría muchísimo no volver á oír tal nombre en todo el resto de mi vida.

Hubo unos momentos de silencio. De repente Penélope se volvió, y tuteando al barón, le preguntó:

—Oye, Carlos. ¿Cuántas veces me has preguntado si quería casarme contigo? ¿Seis?

—Siete—contestó el barón—, y como ahora te lo vuelvo á preguntar, son ocho.

—Pues bueno, ahora te digo que sí. Pero con una condición.

—Con las que quieras—replicó Somerfield, con voz temblorosa por la emoción y la alegría.

—¿Pero es de veras que me quieres? ¿Serás mi mujer? ¡No me engañes!

—No te engaño, no; te quiero y nos casaremos, pero para ello es necesario que mañana lo sepa todo el mundo, y que durante tres meses no me hables una palabra de matrimonio. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, alma mía. Le alargó las manos que Somerfield besó con pasión. Penélope, se levantó y le dijo:

—Yo también, querido mío, cumpliré mi palabra.

## CAPITULO XVI

### Traición y arrepentimiento.

Una vez más nos volvemos á encontrar á Miss Morse en la biblioteca de la Embajada de los Estados Unidos.

Esta vez su visita era inesperada, aunque había recepción en la casa. El embajador estaba ocupado recibiendo una partida de visitas recién llegadas.

Penélope aguardó, sin querer ni siquiera tomar asiento.

Al cabo de un rato llegó el embajador.

—No es que tenga grandes cosas que decir á usted—dijo Penélope—, pero he descubierto algo que creo debe usted conocer, y quiero decirse-lo á usted á escape é irme en seguida.

—¿Es algo de lo que hablamos en nuestra última entrevista?—preguntó el diplomático.

Penélope asintió con un signo y añadió:

—Referente al príncipe Maiyo.

—Siéntate; no estés de pie, y cuén-

tame todo; ya sabes lo interesante que nos puede ser cualquier detalle—dijo Mr. Harvey.

—Para mí no es interesante, es terrible—replicó Penélope con extraña sonrisa—. Lo que quiero, es decirse-lo á usted y terminar con esto. Recuerde que en nuestra última entrevista me dijo usted que detrás de la mano que asesinó á Hamilton Fynes, y á nuestro querido Dick, se ocultaba el príncipe Maiyo.

—En efecto, así fué; lo recuerdo perfectamente.

—Pues tenía usted razón.

El embajador, aunque lo sospechaba, hizo un gesto de asombro.

—Desde entonces—continuó Penélope—, he hablado con el príncipe varias veces, y al intentar tocar el asunto que se me encargó, se evadía y no podía sacar nada en limpio; pero el otro día estuve con mi tía en su casa; la recorrí toda, y en el despacho encontré una cajita cerrada con una cerradura misteriosa. Una vez abierta, encontré en su interior dos cosas.

—¿Qué cosas?—preguntó el embajador con marcado interés.

—Un dogal de seda, como el que se encontró cuando estranguláron á Vanderpole, y un puñalito muy raro, de la misma forma que el que tenía clavado en el pecho Hamilton Fynes.

—¿Y el príncipe, se enteró de que tú los viste?

—¡Claro está! ¡Si estaba junto á mí! El mismo abrió la caja, cuando yo se lo supliqué. Sin duda no se acordaba de que aquellos objetos estaban dentro.

—Quizá no lo sabía, en efecto—replicó el embajador.

—¿Pueda ser!

—¿Dijo algo cuando los descubriste?—preguntó el diplomático.

—Nada en absoluto—replicó Penélope—, pero no hacía falta. Ya sabe que yo estoy en el ajo. Que sea él, no lo aseguro; pero de lo que no cabe duda, es que aquello ha nacido de la casa. Si no cometió el príncipe esos crímenes, por lo menos es cómplice.

El embajador se paseaba de uno á otro lado de la habitación.

—Penélope—dijo al cabo de un rato—, no haces más que confirmar las sospechas que tenía, y, sin embargo, no dejan de emocionarme.

Penélope se levantó y dió la mano al embajador, diciéndole:

—Ya le he dicho á usted toda la verdad. Haga de ello el uso que le plazca. Hay otra cosa, que creo debo decirle también, y es que el príncipe se va á su país dentro de muy poco tiempo.

—Ya lo sé—contestó el embajador—; me lo acaba de decir ahora mismo. Está en el salón con las demás visitas.

—Donde yo debiera estar ya; pero he querido ver á usted primero.

—No voy contigo, porque no hace falta que nadie se entere de nuestra pequeña conferencia, y ahora, déjame que te dé la enhorabuena; ya sé que te casas. Somerfield es un buen chico; pero, como americano, no me resigno á que un inglés, por bueno que sea, se lleve una de nuestras mejores muchachas.

Penélope se sonrió, dió las gracias, y añadió:

—Aún está un poco lejos; han de pasar unos meses antes de que nos casemos.

—Cuando llegue el tiempo, avísame; hablaré á tus tías, pues yo quiero ser el padrino de tu boda.

Miss Morse entró en el salón, donde la señora del embajador tomaba el té en compañía de una infinidad de visitas. Casi á la primera persona que vió fué al príncipe. En cuanto éste la vió, se separó del grupo en que estaba y fué corriendo á saludarla. La cogió la mano, que apretó con efusión, sin decir una palabra. A pesar de que se había preparado para este encuentro, se sintió nerviosa al lado del príncipe, y quería separarse de él á toda costa. La palidez que tenía desde unos días antes, se convirtió en un encendido rojo. Aquella manera de saludarla en silencio, le afectó.

—¿Conque es verdad?—preguntó por fin el príncipe.

—Sí, señor; es verdad. Me caso con el barón Carlos Somerfield.

—Les deseo á ustedes mil felicidades—dijo muy despacio, y luego continuó, como recalando las palabras:

—Se lo deseo de todo corazón, y usted sabe que es verdad. En cuanto al barón, es digno de envidia; imposible encontrar novia mejor.

—Es usted un completo cortesano, príncipe. Acuérdesse de que en mi país, democrático, no estamos acostumbrados á la lisonja.

—Su país de usted. ¿Pues no pretende ser un país donde siempre se dice la verdad? Si es así, habrá usted oído muchas veces cosas parecidas á las que le he dicho. Bien, bien, ¡conque el barón Somerfield!

—Sí, señor; con el barón Somerfield. ¿Por qué lo repite usted? ¿No le gusta á usted? ¿No es su amigo?

—El barón y yo—replicó el príncipe—apenas nos tratamos; nos vemos muy poco y, además, como tenemos gustos tan opuestos, es difícil que nos encontremos. Pero, puesto que es la persona elegida por usted como compañero de toda su vida, eso me basta. Estoy seguro de que es una persona completísima.

—¿En qué respecto tienen ustedes gustos opuestos? Lo ha dicho usted así como si desaprobara algo en su manera de ser.



—Somos de dos razas y de dos países muy distintos, y vemos la vida de muy distinto modo, y las cosas que á él le pueden parecer buenas é interesantes, puedo encontrarlas yo insignificantes. Antes de que yo me vaya á mi país, hemos de volver á hablar de esto; pero ahora no.

—Se lo recordaré á usted, príncipe.

—Y yo le prometo que lo cumpliré, Penélope. Usted es amiga mía—continuó diciendo el japonés—; tienen derecho á ser felices, y hay una gran ventaja; son los dos hijos de la misma raza.

Miss Morse se le quedó mirando, como si no comprendiera bien la observación.

—Estaba pensando—siguió despacio el príncipe—en mis padres. Era mi padre un noble japonés, con los prejuicios, las ideas, el atavismo y la sangre de miles de generaciones japonesas. Hombre ilustrado, y, sin embargo, no concebía la vida ni la civilización de otras razas y otros países, sino de lo suyo. Muchas veces creo que mi padre y mi madre hubieran sido más felices, si cada uno, de su parte, hubiese cedido algo. Creo que su matrimonio hubiera sido más feliz. Se casaron y vivieron juntos; pero vivían, en realidad, separados.

—Eso le hacía á usted mucho efecto—hizo notar Penélope—y mucho daño.

El príncipe se encogió de hombros.

—No me conoce usted bien; yo estoy contento y satisfecho. Soy japonés. La poquísima sangre inglesa que corre por mis venas, no creo sea más de una gota, y sin embargo, hay en mí ciertas cosas que las he heredado de mi madre: cosas que salen á la superficie; sobre todo, cuando estoy aquí, en su patria, y esas cosas, precisamente, son las que me ponen un poco triste. Pero, perdóneme usted, no hago sino hablar constantemente de mí mismo, y hoy no tengo derecho sino á hablar de usted y pensar en su felicidad.

Se volvió para saludar á una señora que pasaba á su lado, y que, indudablemente, tenía ganas de cruzar unas palabras con el príncipe. Penélope vió cómo hablaba con la señora, con bondad y exquisita finura; sus maneras, su galantería con aquella mujer, que nada tenía de hermosa, ni de joven. Los pollos y los hombres jóvenes no la hacían caso alguno, y él, un extranjero, la trataba como si fuera la más encantadora de las muchachas del salón. Era una cosa que le distinguía de los demás, muy suya. Trataba con la

misma distinción, con la misma exquisitez á feos que á guapas, á pobres que á ricos. En cuanto veía una persona con canas, se le veía atento, sumiso y cariñoso. Todas estas cosas las veía Penélope y se fijaba en él, y á medida que se fijaba veía en él más perfecciones. Cien actos pequeños, insignificantes, pero que decían mucho; su bondad, sus atenciones. Ella las notaba y las admiraba, y se acordaba de otras mil cosas que en él había visto. ¡Y sin embargo, á este hombre bondadoso, ella, Penélope, que le debía mil aten-

quesa. Nos va á proponer una cosa encantadora.

## CAPITULO XVIII

### Alarma en la Presidencia.

La duquesa echó una mirada á los papeles que tenía en la mesa, y saludó con una cabezada á su marido, que acababa de entrar.

—Buenos días, Alberto—dijo—. ¿Quieres algo?

—Sí; quisiera hablarte de una cosa, pero no será largo. En cinco minutos habré terminado.

La duquesa entregó unos papeles á su secretario, quien los cogió y salió al momento de la estancia.

El duque se sentó al lado de su esposa, en la silla que acababa de abandonar el secretario.

—¿De qué quieres hablarme? ¿De nuestra jira á Hampshire la semana que viene?—preguntó la duquesa.

—Exactamente, sobre la jira.

—Pues precisamente yo también quería que habláramos sobre eso, para saber qué invitaciones hago.

—¿Qué casualidad! De lo mismísimo que yo quería hablarte. Pues mira, si te he de decir la verdad, no quiero que sea una cosa en grande, muy reducida, casi íntima. Quisiera que no fuéramos más que los de casa, los íntimos, como te digo, y el príncipe Maiyo.

Su mujer le miró con cierto aire de sorpresa, y al cabo de un momento le dijo:

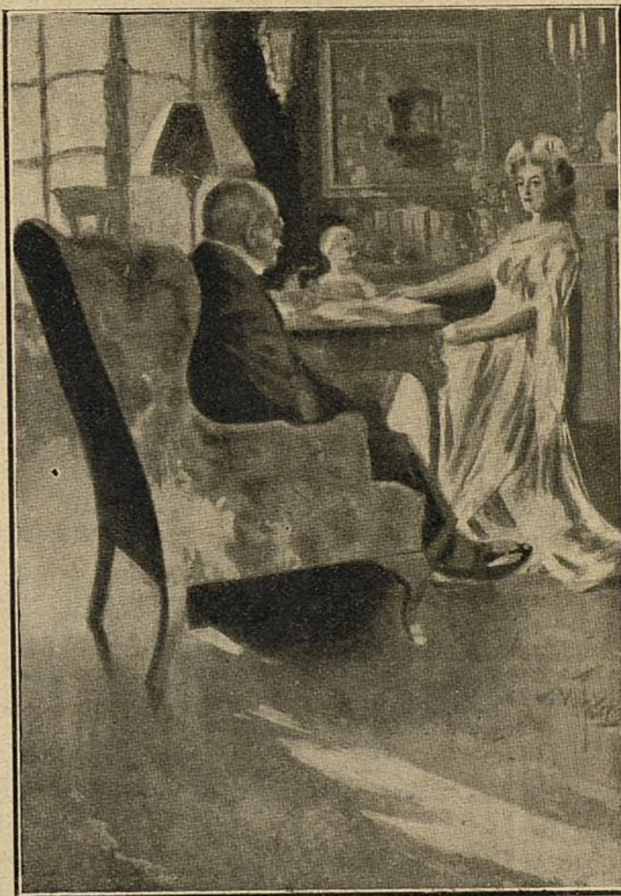
—Parece que tienes un interés especial en hacer

te agradable á Maiyo. Si fuera el mismísimo hijo del emperador en lugar de ser su primo, no se podría obsequiarle más. ¡Cuidado que durante estas últimas semanas, no se ha hecho otra cosa sino agasajarle en toda Inglaterra!

El duque de Davenham, canceller del ducado de Lancáster, estaba casado con una mujer de origen americano, inmensamente rica, y tenía, naturalmente, muchas y muy buenas relaciones con la América del Norte y sus políticos, y era el duque una persona tan importante en la política local del Lancáster como en la Central.

El presidente del Consejo de Ministros le consultaba y se apoyaba en él.

—Mi querida Margarita; yo lo único que te puedo asegurar con toda formalidad, y te doy mi palabra de honor al asegurarte, que sé lo que me hago y lo que traigo entre manos. Es de suma importancia



ciones, le había traicionado! Y este era el hombre que ella presentaba como culpable; cómplice, por lo menos, de un crimen. Sintió que sus sentimientos se rebelaban. Todo lo que había hecho, los pasos que había dado, le parecían odiosos. Se sintió despreciable. Todo lo que el príncipe había hecho, lo que ella había visto de él, era cortesía, todo corrección. Y ella había hecho traición á la hospitalidad que había recibido. Había cometido un verdadero abuso de confianza. Un impulso atroz se apoderó de ella, de decirle en aquel momento toda la verdad, de confesarse á él. Dió un paso, iba á hacerlo, y se encontró de manos á boca con su novio, con Somerfield. Un amigo del príncipe se acercó á él, y cogiéndole de la solapa del frac, se llevó al japonés.

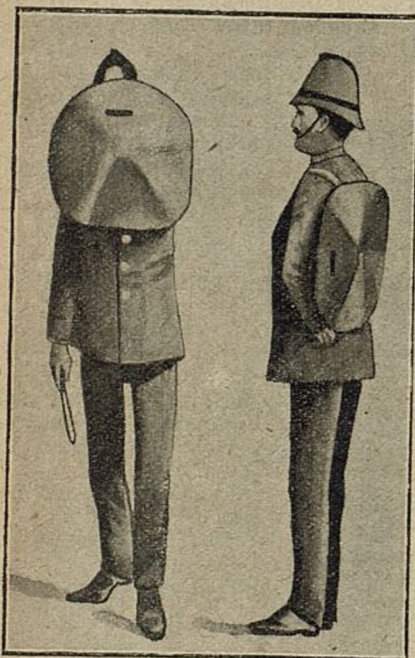
El momento oportuno pasó.

—Ven conmigo, Penélope—le dijo el barón—, y vamos á ver á la du-



# COSAS RARAS Y NUEVAS

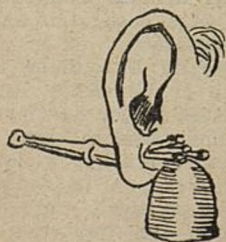
No basta que los encargados de protegernos, los policías estén arma-



**NUEVA  
DEFENSA**

dos; no basta que lleven armas ofensivas; es necesario que se puedan proteger, que lleven armas de defensa. Los primeros que han puesto esto en práctica, son los ingleses, que según dice el periódico "The Sphere", las autoridades han adoptado un modelo de escudo muy ligero y resistente, que el policía lleva a la espalda. En el momento del ataque ó de la defensa, se desprende con facilidad y puede proteger el cuerpo.

Una pequeña abertura le permite ver al enemigo, conservando cubiertos cabeza y pecho.



**ESTUCHE  
PARA  
PIPAS**

En las islas del Mediodía de la Oceanía, los habitantes no suelen llevar vestidos que tengan bolsillos donde llevar y guardar los utensilios de uso diario. Para compensar esta falta, los indígenas de algunas de esas islas han inventado

un sistema curioso. Horadan el lóbulo de las orejas, y allí, en forma de pendiente, llevan la pipa y las cerillas en la forma que indica nuestro grabado.

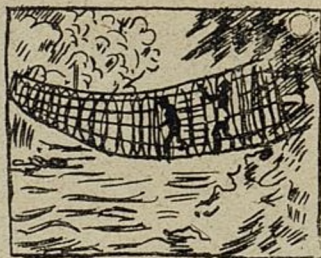
Unas cuantas cáscaras de naranja echadas en el jarro del lavabo, dan buen olor á la estancia, conservan muy bien el agua, y obran como desinfectante.

Es una variedad de los puentes colgantes; pero una variedad verdaderamente rara y aunque original, no tiene nada de segura. Sin embargo, en la reciente expedición

**PUENTE  
DE  
CUERDAS**

del Ejército inglés á Abor, todo un regimiento atravesó un torrente por tan original pasarela.

El puente se compone de gran cantidad de aros de caña sujetos en toda su extensión por dos gruesas cuerdas, y unidas una á otra por otras cuerdas menos fuertes. El atravesar un río por este sistema de puentes, es algo así como un ejercicio



acrobático, y la rapidez y seguridad en el paso, depende de los nervios del peatón y de su agilidad.

Hoy que los desarreglos nerviosos son tan comunes, que la neurastenia

**SEÑALES  
PELIGROSAS**

causa tantas víctimas, conviene conocer los síntomas, las señales peligrosas, para ponerse en cura á tiempo. Estas postraciones y desarreglos nerviosos ocurren en el hombre, entre los veinte y cuarenta años de edad, por lo general, por ser ésta la época en que la lucha por la existencia y los desórdenes en la vida son mucho mayores.

Aunque los síntomas peligrosos no son todos conocidos, sin embargo, se han estudiado y reconocido como tales los siguientes:

Desconfianza, irritabilidad, mal humor, pensar constantemente en el yo, dolores de cabeza, encontrar defectos en los demás y alguna otra.

Las causas que ocasionan estos síntomas, son:

Disgustos, alimentación excesiva,

falta de ejercicio, alcoholismo, mala alimentación, aire viciado, trabajo excesivo, falta de sueño, grandes privaciones, preocupaciones, mucha agitación y otras varias.

Todo esto contribuye á los desarreglos nerviosos, á las depresiones y á la neurastenia.

Unas veces, una sola causa basta para desarreglar los nervios, pero, en la mayor parte de los casos, son varias las causas, algo de todo lo que determina la neurastenia.



**EL BOCYDIO**

Entre las curiosas y maravillosas criaturas del mundo de los insectos, pocos habrá, sin duda alguna, tan raros como el pequeño insecto cuyo dibujo acompaña estas líneas.

Se le conoce con el nombre de bocydium, y no tiene más de un centímetro de largo. El curioso apéndice que lleva en forma de casco griego, lo forma el tórax, que se desarrolla extraordinariamente.

Esta clase de insectos se encuentra con bastante frecuencia en el Brasil.

En la provincia china de Che-Kiang, se ha suprimido la decapitación. Ahora el condenado á muerte



es cloroformizado y después fusilado. Casi una delicia.